

CINIEBLAS Y CLARIDADES.

GRANDE Y MILAGROSO ROMANCE DE LA FORTUNA

VOLTAIRA.

I.

RASGUEO CON PAPAS.

Cuellos y rostros se lavan
 Los clérigos y los frailes;
 Se peinan y se rasuran
 Los curas y sacristanes;
 Las monjas regocijadas
 Limpian sus tocas y trajes;
 Y atusándose el bigote
 Los antiguos militares
 Van á sacar del empeño
 En que guardaron, cobardes,
 Sus kepís y sus casacas,
 Sus espadas y sus sables.
 La opulenta Zacatecas
 Viste de gala sus calles,
 Y la Bufa dominando
 Da sus banderas al aire.
 ¿Por qué tanto regocijo?
 ¿Por qué de contento alarde
 Si la tierra viste duelo
 Y el viento suspira sangre?
 Es que huyó, cual can rabioso,
 Del lugar el gobernante,
 Valedor de la frontera,
 Jefe de los *chinacates*.

II.

Entre vítores y flores
 Han entrado los caudillos
 A la rica Zacatecas
 Que brilla de regocijo.
 A Manero le precede
 Miguel Miramón invicto,
 Que va en pos de los laureles
 Que no le otorgó el destino
 En Carretas, tras esfuerzos
 De eterno renombre dignos.
 Manero es el imperante,
 Manero es el elegido
 Para jefe del Estado
 Por su valor y prestigio.
 ¡Los próceres qué finchados!
 ¡Los jóvenes qué garridos!
 ¡La plebe que alborozada
 Saludan al bien venido!
 Monta en su corcel soberbio,
 Alto, movimientos listos,
 Ancho cuello, anca redonda,
 Crin profusa y ojos vivos;
 Y era el jinete gallardo,
 Joven, elegante, altivo,
 Ojos de negro azabache,
 El color alabastrino,
 En la paz, dulce y afable,
 Mas por la guerra impelido,
 Era asombro de la muerte
 Y era el terror del peligro.
 En las puertas y balcones
 Al retronar el bullicio,
 Sonrisas vierten las damas,
 Flores arrojan los niños,
 Y la iglesia complaciente
 Prorrumpe en sublimes himnos.
 Viendo estuvo el sol festejos
 En su dilatado giro;
 Y en las queiebras del barranco
 Y en los tortuosos caminos
 Las músicas resonaban
 Entre cánticos y gritos:
 En la noche la barranca

Era de llama un abismo,
 Que enviaba sus resplandores
 Hasta los montes vecinos,
 Arrollando las tinieblas
 De la noche con su brillo.
 Cabañas, casas, alturas
 De los grandes edificios,
 Torres vestidas de fuego,
 Cúpulas que en el vacío
 Fantásticos remedaban,
 Alcázares suspendidos
 En el aire cual mansiones
 De algunos seres divinos;
 Cintas de llama, perfiles
 De luz bordando el vacío
 Que aérea mansión revelaban
 Fingían á los espíritus
 Apariciones, ensueños
 Y quimeras del hechizo.

III.

Entre tanto, en una casa
 Singular por su riqueza,
 Exposición esplendente
 De la vanidad minera,
 Para el apuesto Manero
 Regio banquete se apresta:
 Candiles y cortinajes
 De los artesones cuelgan,
 El cristal estalla en iris
 En los vasos y botellas,
 Los licores deliciosos
 Piedras preciosas remedan,
 Y en los manteles de nieve
 Inconstantes centellean;
 Los bustos de las mujeres
 Irradiando de belleza
 Algo de incorpóreo cobran,
 Que los ángeles semejan,
 Como al naufragar las almas
 En mares de dicha extrema.
 Las recíprocas miradas
 Se cruzan de hombres y de hembras,
 Mas lo que mucho se admira
 Es que do Manero impera

Se ve sobre los tablones
 Descubiertos de la mesa
 Grande pedestal de plata
 Y en pie la figura esbelta
 Del guerrero afortunado
 A quien consagran la fiesta.
 Hubo exquisitos manjares;
 Hubo músicas selectas,
 Y entusiasmo estrepitoso,
 Hubo lisonjas rastreras;
 Hasta que llegó la aurora
 Desde el toque de retreta.

IV.

ZUÁZUA.

Abril diez y siete veces
 Vió reclinado entre flores,
 A la luna silenciosa
 Dulce en brazos de la noche;
 Y á Manero agasajado,
 Lleno de pompa y honores;
 De nuevos triunfos soñando
 Los risueños horizontes.
 De la rota de Carretas
 (Que así se le llamó entonces)
 Dieron noticias las dianas
 Redoblando los tambores.
 Fué la batalla tremenda;
 Pero en sus propios horrores
 De Arramberi valeroso
 Brotaba de gloria el nombre.
 A Blanco se le ensalzaba
 Por lo intrépido y lo noble;
 Y de Hinojosa la espada
 Lanzó vivos resplandores,
 Haciéndose honra y orgullo
 De la *chinaca* del Norte.
 ¡Mas por qué Zuázua el temido
 Que doquier su fuerza impone
 No aparece tras de hazañas
 Dignas de inmortales bronces?
 El león de la frontera,
 El que más sagaz conoce

Por donde va la victoria,
Y tras de sus lauros corre;
Miradlo sobre la Bufa
Roncos truenan sus cañones,
Y sorprendido Manero
Ardiendo en furor los oye.

V.

Empeñóse la batalla,
De la Bufa en las alturas:
Los de Manero escalaban
La eminencia con bravura,
Y con torrentes de plomo,
Zuázua apagaba sus furias;
El humo envuelve en tinieblas
Aquella tremenda lucha,
Y relámpagos de acero
La espesa tiniebla cruzan;
Se oyen gritos y gemidos,
Del monte las quiebras rudas
A cien caudillos valientes
Dan ingrata sepultura.
Rompe con las resistencias
La *chinaca*, y la fortuna
La declara vencedora,
Y la proclama y adula;
Que es la fortuna voltaira,
Un leve soplo la muda
Y en el cáliz de la dicha
Traidora vierte amargura.

Presos están, y esperando
Del vencedor la sentencia,
Los tristes que desterrados
Ven al obispo Berea.
Está tranquilo Manero
Sin jactancia y sin bajeza:
Landa, de Guadalajara
Los atentados recuerda,
Pero su semblante inmóvil
Se le ve y como de piedra;
Reche y Aduna la estancia
En giro inquieto pasean;
Y Gallardo silencioso,

Sentado junto á una reja,
Oculta la hermosa frente
Entre sus manos abiertas.
La plebe está confundida,
Todo comercio se cierra,
Se ven muertos insepultos,
Se ven despojos de guerra.
A Zuázua se le pregunta
Lo que á los presos espera,
Y sin vacilar un punto,
Sin dar á la vida tregua,
Con un acento terrible
Zuázua responde «*que mueran.*»

CONCLUSIÓN.

La sentencia ejecutóse
De la ciudad con escándalo,
Entre algazara salvaje
Y entre comprimidos llantos;
Y cuando á los cinco muertos
Llevaron al camposanto,
(Porque aquí no es oportuno
Ocuparnos de Gallardo,
Que fue resultando vivo
A pesar de sus balazos)
Algunos de los curiosos
Que el suplicio presenciaron
Miraron con extrañeza,
Con hondo asombro miraron
Que las mismas cuatro tablas
Que en el banquete brillaron
Frente al valiente Manero
Con flores y con regalos,
Las tornó el oculto afecto,
O el capricho, ó el acaso,
En el ataúd humilde
En que su cuerpo encerraron,
Como una lección terrible,
Como un aviso de lo alto,
Que á la vanidad confunde,
Que predica desengaños
A los necios que desprecian
La inconstancia de los hados.

Noviembre de 1894.

RIFA DE VIDAS A LO HOMBRE

O SEA

REFRIEGA SANGRIENTA DE ATENQUIQUE

Grande volcán de Colima,
 Dominador del vacío,
 Tú que fuiste del combate
 Imperturbable testigo
 Que el furor tuvo por móvil
 Y por palenque el abismo,
 Ayuda con tus recuerdos
 El aliento de mi espíritu
 Que aunque lo siento potente,
 Vivaz, penetrante, activo,
 El trascurrir de los años
 Puede apagarle su brillo
 Como el cielo con la niebla
 O con el vapor el vidrio.

Era de cincuenta y ocho
 El año de sangre tinto
 Cuando el grupo de *chinacos*
 En el desprecio perdidos,
 Y que al Sur se refugiaron
 Del opulento Jalisco
 Con Pedro Ogazón, dechado
 De virtud y patriotismo,
 Al parecer taciturno,
 Muchas veces brusco y frío;
 Pero corazón de arcángel
 Y de abnegación prodigio,
 Con el insigne Cruz Ahedo
 Prez del nombre tapatío;
 Con aquel Núñez, encanto

Por lo intrépido y lo fino;
 Y con Juan Rocha valiente
 Tocando á lo nunca visto,
 Al mando de Degollado
 Fuertes, llenos de prestigio,
 Pisando están las goteras
 De Gualajara atrevidos;
 Y le amagan esforzados
 Con los horrores del sitio,
 Que ponen á Casanova
 Casi fuera de sentidos.

Pero Miramón acude
 Como él era, audaz y activo,
 Con sus expertos secuaces,
 Con sus fecundos arbitrios,
 Con soldados orgullosos
 De seguir á su caudillo,
 En número formidable,
 Y de todo bien provistos;
 Degollado cuando supo
 De Miramón el auxilio
 Alzó el campo y replegóse
 A Zapotlán previsivo.

Cuando estaba á dos jornadas
 Escasas el enemigo
 Para Beltrán se dirige
 Donde era su lugar fijo
 O base de operaciones
 Por su táctica elegido.
 Propicio para su campo
 Zapotlán le abre camino,
 Y atraviesa de Atenquique
 Los furibundos peligros;
 Pero en Atenquique deja
 Cuidando dos jefes dignos
 Y á más Núñez y Escobedo
 Para vigilar solícitos.

II

ATENQUIQUE.

Enmedio á revueltas lomas
 Y fragosos pedregales,
 Donde las aguas no corren,

Donde las yerbas no nacen,
Se extiende un extenso borde
Que en dos el camino parte
Y corona una abra inmensa,
Espantosa y formidable:
Es una hundición abrupta
Que baja inconmensurable
Y que dejó una cornisa
Saliente al precipitarse,
Unida al gigante muro
Y como d'el agarrándose,
Por un lado y por el otro,
Como pronta á descolgarse
Por entre quiebras y honduras
Al abismo inevitable.

Pero el descenso es tan rápido,
Tan sin descanso y colgante
Que hasta su fin se detiene
Y á su término se abate
A tocar una llanura
Pequeña, llegar no es fácil
Al fondo en que humilde arroyo
De corriente de cristales
Y donde humildes chocillas
Esconden sus mezquindades.
Al borde opuesto se mira
Una como rampa alzase
Con mil vueltas y revueltas
Entre peñascos gigantes,
Al que Caracol le llaman
Y á Beltrán estrecho sale.

A todos vientos se observan
Bosques de espesos ramajes
Y al fondo los horizontes
Tanto llegan á estrecharse
Que se duda que es un cielo
O es un tragaluz, que el arte
Abrió encima de los montes
De los hombres apiadándose.

III

LA BATALLA.

Junio ardoroso marcaba
Con dos auroras su vida

Cuando renovó el destino
De la discordia las iras
Sembrando muerte y horrores
La contienda fratricida.

La Barranca de Atenquique
Corona la artillería
De Miramón y sus tropas
Ocupaban la alta cima,
Mientras al opuesto lado
Del barranco aparecían
Las tropas de Degollado
En trabajosa subida.
La mitad de su carrera
Tocaba brillante el día
Cuando anuncia el ronco bronce
Que la batalla principia.
En lo hondo de la barranca
Están á la defensiva
Miguel Blanco y sus rifleros
Que de Monclova venían,
Y rifleros de Galeana
De los más bravos envidia.
De la altura se desprende
Una columna atrevida
Bajo los fuegos nutridos
De la horrenda artillería
Que en lluvia de proyectiles
El lado opuesto barrían;
Mas los valientes rifleros
Con certera puntería
Destrozan á sus contrarios
Y desbaratan sus filas,
Miramón entónces hace
Una segunda embestida
Y en el abismo espantoso
Es la lucha más reñida;
La fuerza de Degollado
Su columna precipita,
Se esfuerzan los fronterizos,
Llegan las caballerías,
Y en la pequeña llanura
Que en el fondo se extendía,
La rabia, el furor, la muerte
En horrores competían.
Los *mochos* al fin sucumben

Aunque agonizantes lidian
 Mas horrenda, irresistible
 Tercera columna envía
 Miramón, y va á su frente
 De Vélez la espada invicta.
 Las fuerzas de Blanco y Rocha
 Se desmenbran y vacilan
 Cuando en la tendida rampa
 De la descubierta orilla
 Aparece el bravo Núñez,
 De Escobedo en compañía,
 Y ambos combaten, y alientan;
 A los suyos organizan
 Entre torrentes de balas,
 Entre montones de víctimas;
 Vélez entonces avanza
 Bizarro, la frente erguida,
 Como corriente impetuosa
 Que los diques aniquila.
 El humo convierte en noche
 La espléndida luz del día;
 Y con el trueno las rocas
 Tal pareció que gemían.
 Núñez y el bravo Escobedo
 A los suyos acudían,
 Mas sus caballos detrozan
 Las contrarias baterías,
 Y Escobedo se levanta
 Mal trecho, la frente herida,
 Y á Núñez órdenes pide
 Que acata con fe cumplida.
 ¡Oh Núñez, heroico Núñez!
 Cuál te descubre mi vista
 Sangrando, entero, soberbio,
 Teniendo en nada la vida,
 Combatiendo por la causa
 Del Derecho y la Justicia.
 Un paso más y victoria
 Por Vélez es obtenida,
 Pero se esfuerzan los nuestros,
 La victoria está indecisa,
 La noche tiende sus sombras,
 Silencio hacen los que lidian,
 Y cada cual en su puesto
 Triunfo feliz presentía.

Los muertos cubren el suelo,
 Hondo terror esparcían,
 Los grupos de los heridos
 Y sus quejas doloridas

La aurora dice á los nuestros
 Que en dispersión inaudita
 Miramón levanta el campo
 Y en Ciudad Guzmán se abriga,
 Llamándose victorioso
 Con desverguenza inaudita,
 Cuando sus carros de heridos
 Y su fuga intempestiva,
 Sus alardes de triunfante
 Ante el mundo desmentían.

Queda en Beltrán Degollado,
 Sus tropas se reorganizan
 Y á poco en Guadalajara
 A los *mochos* desafían.

Septiembre 13 de 1896.